



***All This is Your World: Soviet Tourism at Home and Abroad After Stalin***

**Autora: Anne E. Gorsuch**

**Editorial: Oxford University Press, 2011**

**ISBN: 978-0-19-960994-9**

**Páginas: 222**

No es muy habitual relacionar la Unión Soviética y el fenómeno del turismo. Sin embargo, desde sus orígenes la URSS prestó atención a todo lo relativo al ocio y los viajes de masas, al ser estos ingredientes básicos de la modernidad revolucionaria que pretendía liderar. No obstante, tales iniciativas fueron perdiendo importancia durante el largo período estalinista, cuando se impusieron, por encima de todo, la xenofobia y el terror. No había sitio para el ocio en los Planes Quinquenales. Es más, se sospechaba de quienes había viajado al extranjero, incluidos aquellos soldados que volvieron en 1945 de Centroeuropa, por temor a que revelasen impresiones del mejor nivel de vida del mundo capitalista.

Con la apertura post-estalinista el turismo fue ganando protagonismo en el imperio soviético. Este florecimiento, según afirma la historiadora canadiense Anne E. Gorsuch, configuró un aspecto fundamental “de la paulatina integración de la Unión Soviética en el proceso global de inter-

cambio cultural en el que participó cada vez más, aunque con inquietud, en la circulación nacional y transnacional, tanto de personas como de bienes e ideas” (p. 1). Es conocida la acogida dispensada a los turistas occidentales en la Rusia revolucionaria, cuyos pasos se controlaban por los propagandistas del Intourist; ahora, en cambio, Gorsuch nos ofrece un análisis muy original de la mirada turística del propio ciudadano soviético cuando se aventuraba hacia el Oeste, primero al “extranjero más próximo”, y todavía soviético, de Estonia; luego a los otros países del bloque socialista; y finalmente al occidente capitalista. [203]

Investigando documentación de los archivos rusos, como los informes de los guías oficiales que acompañaron cada misión turística, junto con memorias y otras fuentes, Gorsuch narra una fascinante historia cultural que no se aleja mucho de cuestiones de historia política e internacional. Siempre concebido como arma al servicio del Estado, el turismo soviético hacia Occidente fue un elemento del llamado “tardosocialismo” que empezó a desarrollarse a partir de 1956 durante la presidencia de Nikita Jrushchov. Según esta fórmula, el turista era una especie de emisario de intercambio cultural y de la causa de la coexistencia pacífica. Al mismo tiempo, procuraba consolidar los valores del *turizm*, es decir, una forma de viajar que siempre ponía énfasis en el valor pedagógico y moral, inculcaba orgullo en la civilización socialista y que despreciaba la supuesta decadencia vulgar del turismo capitalista. No fue fácil conciliar todos estos imperativos divergentes. El proyecto contaba con el esfuerzo de un gran aparato administrativo y de una vigilancia rigurosísima sobre los viajeros. Además, como otros artículos de consumo

[204]

en la URSS, el viaje al extranjero fue un bien escaso, cuyo acceso estaba limitado a una pequeña minoría de ciudadanos provistos de una necesaria combinación de contactos, fiabilidad política y paciencia.

En ciertos aspectos, la idea de promover el turismo hacia Europa demostró la adaptabilidad del socialismo: cuando se observó que la calidad turística de Tallin, capital de Estonia, que se hallaba hasta hacía muy poco tiempo dentro de la órbita alemana, era superior a la de Leningrado y Moscú, el gobierno efectuó en otras ciudades la instalación de más terrazas con mejores servicios. Se admiraban algunos aspectos de la civilización occidental —la Torre Eiffel o la pintura renacentista— como elementos comunes de la humanidad. En los años sesenta las representaciones cinematográficas de Moscú y Leningrado ya mostraban ciudades con terrazas vivas y mucho ambiente, mujeres vestidas a la moda y plazas limpias y atractivas; una metamorfosis radical respecto de las imágenes del triunfalismo industrial de la generación anterior.

En otros momentos, sin embargo, Gorsuch revela la torpeza con la que las autoridades gestionaban esta tímida apertura. En una estación balnearia del Golfo de Finlandia en 1961, se esperaba que los bañistas asistiesen a “charlas de playa” sobre la situación internacional presentadas por propagandistas del Partido (p. 54). En París, un cicerone novato del Intourist llevó a su grupo de turistas al mítico Moulin Rouge, donde vio, con horror, el contenido erótico del espectáculo, y, aún más, ¡cómo los miembros de su grupo se mostraban muy a gusto con aquella decadencia capitalista!

Más difícil aún fue resolver el problema del consumo, concepto siempre ligado al turismo, y para el cual la ideología marxis-

ta-leninista se hallaba mal equipada. Gorsuch señala cómo las autoridades soviéticas siempre prefirieron prometer vacaciones a las masas en vez de bienes de consumo, por ser la escasez de éstas más fácil de ocultar. Sin embargo, la oportunidad de comprar es, a menudo, un factor clave que motiva el deseo de viajar, un factor no menos importante en la sociedad socialista. El mismo Jrushchov afirmó en 1961 que “la posesión por parte del obrero de una gran cantidad de cosas” no “contradice los principios de la construcción comunista con tal de que sea razonable ... [y que] el principio de lo “mío” [no se convertida] en principio supremo” (p. 133). La cuestión del consumo resultó especialmente inquietante para los organizadores de viajes a otros países socialistas como Hungría y la RDA, donde la gran mayoría (el 60%, y a veces hasta el 80%) eran mujeres, cuya reputada proclividad al “consumo inapropiado y excesivo” era notoria (p. 96). Aunque la autorización para salir a Occidente se limitaba a gente bien relacionada y con credenciales socialistas impecables, la posibilidad de acceder a un gran almacén parisino o milanés se convirtió en un signo de *status*, ya fuera para especular revendiendo medias de nylon en el mercado negro de Moscú, o para regalar a su hija un perfume francés (p. 163).

La imagen que presentaba del *homo sovieticus* ante sus “hermanos menores” rumanos y checos —por no hablar de sus rivales británicos y franceses— era sumamente importante. El temor a que se les juzgase incultos u ordinarios predominaba entre los guías oficiales. Esta preocupación rusa, identificada ya en la narrativa decimonónica de Turgenev, se convirtió en una debilidad política en los años de la Guerra Fría. Incluso en el bloque socialis-

ta, el turista ruso a menudo era visto como un invasor no querido. Si bien un turista bien preparado podía mejorar la mala fama de su país mostrando buen gusto en el vestir, interés por la cultura y el arte europeos, y sobre todo, el orgullo de ser soviético, la ausencia de hábitos viajeros derivó en una suma de vergüenzas nacionales: bañistas que tomaban el sol en bragas o clientes que salían de los bares sin dejar propina. Gorsuch relata que la embajada soviética de Praga se quejaba de que los turistas soviéticos resultaban incómodos por preguntar el precio de todos los artículos sin comprar nada; en una tienda de cristales del Berlín Oriental un letrero advertía, en idioma ruso: “No tocar” (pp. 94-95).

Este libro es de fácil lectura (a pesar de algunos errores negligentes por parte de la Oxford University Press), a partir de una serie de anécdotas interesantes y un análisis que es inteligente sin ser pesado. Sin duda, el lector que busque un tratamiento más rigurosamente científico resultará decepcionado. Las cifras son muy escasas y toda tentativa de analizar la evolución del turismo soviético en términos cuantitativos es muy aproximativa. Asimismo falta cualquier intento de evaluar la relación entre el aumento del turismo y otros procesos históricos, ya sea el colapso de la URSS, las relaciones entre Rusia y Europa u otros fenómenos.

En conjunto, la historia que narra la profesora Gorsuch revela cómo procesos globales como la movilidad o la aparición de la sociedad de consumo se produjeron a ambos lados del telón de acero. Con su libro, plantea una posibilidad metodológica para comprender el turismo como fuerza histórica autónoma. Como todo proceso histórico, las consecuencias del gran auge de la movilidad turística del siglo XX fueron imprevisibles. Ciertamente es que durante la

Guerra Fría Occidente estaba mucho mejor equipado para aguantarlo que el mundo socialista, que se debatió siempre entre una respuesta demasiado cauta o reactiva. [205]

Sasha D. Pack  
State University of New York